

Revista chilena de historia social popular

# REVUELTAS

AÑO 01 | NÚMERO 02 | JULIO 2020 | SANTIAGO, CHILE

## **Sobre Hobsbawm (La historia cambia y se acelera)**

**Andrea Uribe Alvarado<sup>1</sup>**

*si fuera anticuario, no tendría ojos más que para las cosas antiguas.  
Pero soy historiador, por eso amo la vida.*

*Henri Pirenne*

Hace unos años recorrí, en Londres, el hermoso cementerio de Highgate. Mi intención era visitar el sepulcro de Karl Marx. Lo hice. Sin embargo, una tumba llana, pequeña y simple (que luce aún más llana, pequeña y simple al compararla con el sitio algo ostentoso donde Marx descansa), situada a unos veinte pasos de la del filósofo, capturó mi atención:

Eric Hobsbawm  
Historian  
1917-2012

---

<sup>1</sup> Chilena. Licenciada en Educación con mención en Historia y Geografía, UdeC. Editora de Historiográfica. Santiago, Chile. E-mail: [andreauribealvarado@gmail.com](mailto:andreauribealvarado@gmail.com) | Registro ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7877-2818>

Habiendo cerrado hace unos días la lectura de *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*, en cuyas páginas Hobsbawm escribe la historia del siglo, que tan bien conoció, como autobiografía, pienso: ¿existirá una palabra que describa mejor a un historiador que esa: *historiador*? Pareciera que el estudio de la historia va grabando en la mente de quienes se disponen a ello una manera de pensar o, más bien, de mirar, de observar, velada por el tiempo.

*La atmósfera donde su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración* (Bloch, 2018, p. 58).

Una mirada (o eso pareciera).

¿Hacia el pasado?

Y lo pienso durante junio del 2020, cuando nos sumergimos en un confinamiento, producto de una pandemia, sabiendo que estamos viviendo *algo* que podríamos, en un futuro, calificar de «histórico». Algo que traerá cambio, que hará cortes.

*Ahora bien, este tiempo verdadero es, por naturaleza, un continuo. También un cambio perpetuo* (Bloch, 2018, p. 58).

Nació en 1917, el año de la Revolución de Octubre (la rusa, no la nuestra). Cerró su autobiografía el 2001, tras ser testigo del ataque a las Torres Gemelas (hecho que consideró una cisura en la historia mundial al dejar a Estados Unidos como única superpotencia, lo que pareció molestarle tanto como los regímenes de partido único) desde su cama en un sanatorio. Ochenta y cuatro años signados por la Segunda Guerra Mundial, que marcó su siglo y su vida y lo instó a reflexionar, una y otra vez, sobre la imbricada relación entre historia y vida privada. La posibilidad de transitar, históricamente, por la propia vida: alrededor de aquel cenit rondó su pregunta.

Y la mía.

¿Una cualidad en la mirada o una forma de vivir en el tiempo?

*El historiador nunca sale del tiempo* (Bloch, 2018, p. 151).

Ocurre que ocuparse del pasado —investigarlo, leerlo, conocerlo— implica pensar y expresar opiniones sobre el presente pues todo está rodeado de historia y en el cauce temporal por el que escurre nuestra vida, nos encontraremos, en más de una ocasión, con ella. Algunas veces surge solapada: se cuela en el lugar donde nacimos, en la escuela donde aprendimos a leer, en el trabajo que desa-

rollamos. Otras veces —la Revuelta de Octubre (la nuestra) fue una de ellas—, nos grita.

La vida de Hobsbawm, como todas las vidas humanas, estuvo marcada por su tiempo. Vivió la Gran Guerra, el fin de la República de Weimar y el avance del nacionalsocialismo como muchos judíos: buscando un hogar. Participó, como súbdito británico, de la Segunda Guerra. Sus estudios, su carrera académica, sus publicaciones siguieron el hilo deshilvanado por la temporalidad de sus opciones y decisiones. Y su militancia, iniciada de manera formal en el Partido Comunista alemán durante su juventud, desarrollada activamente en la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista británico y sostenida hasta su muerte, siguió el devenir señalado por las directrices oficiales hasta que estas no resistieron análisis alguno. Sin embargo, tras la crisis de 1956, cuando la mayoría de los historiadores británicos renuncia al partido y en su narración historiográfica comienza a referirse al comunismo como *iglesia*, amparado en un ensamble de razones políticas y personales él decidió continuar. Quedarse. Su partido le pidió «alinearse»; no lo hizo. Quisieron expulsarlo; no lo hicieron. En los hechos, pasó de militante a simpatizante. Y murió siendo comunista.

E historiador. Al unísono pues, para él, la interpretación marxista era homologable a la interpretación histórica.

Confiaba, entonces, en la posibilidad de un mejor futuro.

Del avance electoral de Hitler se enteró «por medio de los carteles de las calles» (Hobsbawm, 2018, p. 57). ¿Habrían, los muros berlineses, tanto como hace unos meses lo hacían los muros de Santiago?

*La diversidad de los testimonios históricos es casi infinita. Todo lo que el hombre dice o escribe, todo lo que fabrica, todo lo que toca puede y debe informarnos acerca de él* (Bloch, 2018, p. 87).

Su experiencia lo llevó a preguntarse, con décadas de oficio encima, cómo diferenciar sus recuerdos del acervo adquirido, si «el paisaje de aquellos días permanece sepultado bajo los escombros de la historia universal» (Hobsbawm, 2018, p. 132). ¿Cómo podemos hacerlo nosotros? Nosotros, los testigos —potenciales actores— de un raudo y urgente proceso de politización del pueblo chileno; los que lloramos nuevas víctimas cuando aún no obtenemos ni verdad, ni justicia, ni reparación por aquellas que hemos llorado treinta años; los que quisiéramos acortar la distancia que separa a la intelectualidad del pueblo mientras que «la historia necesita la distancia, no solo de las pasiones [...], sino de las tentaciones más peligrosas de la “identidad”» (Hobsbawm, 2018, p. 376).

*No por eso, la historia, tal y como se debe escribir, debe cargar con los errores que solo pertenecen a la historia mal entendida* (Bloch, 2018, p. 88).

Ingente tarea que mueve a algunos historiadores, a algunas historiadoras. Que movilizó, por cierto, a Eric Hobsbawm, quien enseñó en prestigiosas aulas universitarias tanto como en fábricas y sindicatos. Estamos hablando del hombre que dijo no haber tenido nunca, ni siquiera como recluta, la menor dificultad para encontrar un hueco que destinar a su máquina de escribir y a unos cuantos libros.

*Si los hombres son nuestro objeto de estudio y estos no nos entienden, ¿cómo dejar de sentir que no cumplimos sino a medias con nuestra misión?* (Bloch, 2018, p. 102).

En nuestras ciudades, hoy, casi no quedan fábricas, pero sí muchos trabajadores arrinconados en centros comerciales, precarizados; casi no existe sindicalización, pero sí redes sociales, con su potencial infinito. Hay, también, y casi sin quererlo, un proceso constituyente en curso. Y mientras se instala el invierno, una pandemia avanza y nos atomiza.

Mayo del 68 lo encontró en París, participando de un encuentro de historiadores destinado a discutir la interpretación marxista. Muchos años más tarde, rememorando aquellos días, escribió:

las revoluciones pueden reconocerse por el vasto caudal de palabras que generan: palabras dichas a viva voz, pero que en las sociedades alfabetizadas suelen aparecer escritas en grandes cantidades por hombres y mujeres que normalmente no están acostumbradas a expresarse por escrito. (Hobsbawm, 2018, p. 233)

Octubre aún resuena: pueblo, constitución, dignidad. Pero junio se impone: infectados, aislamiento, hambre.

*¿Se podrá negar que, así como existe un tacto de la mano, existe un tacto de las palabras?* (Bloch, 2018, p. 57).

Vivimos en un tiempo que nos marca, que nos singulariza frente a otros. Si nos agrada, o no, poco importa. Lejos de que nuestro «deber» sea hacer «algo» para legar una realidad mejor, pareciera que empujar la historia hacia algún espacio que consideramos *adelante* es una inclinación humana, si el proceso histórico en efecto es un proceso de humanización permanente (Salazar en Pinto, 2016). Claro que «el mundo no mejorará por sí solo» (Hobsbawm, 2018, p. 379). Fue lo último que quiso decirnos un hombre que vivió la Segunda Guerra Mundial sien-

do judío y la Guerra Fría siendo comunista, un marxista que no fue traducido al ruso mientras existió la Unión Soviética, un historiador cuyo credo fue que el principal examen en la vida de un estudioso del pasado versa sobre el presente. Alguien que descansa en una tumba llana, pequeña y simple.

### **Referencias bibliográficas**

- Bloch, M. (2018). *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (2018). *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*. Barcelona: Crítica.
- Pinto, J. (2016). *La historiografía chilena durante el siglo xx. Cien años de propuestas y combates*. Valparaíso: América en Movimiento.